

**SUEÑOS Y PESADILLAS  
PARA  
LAGUNAS MENTALES**

**DANI G. GARCÍA**



# INTRODUCCIÓN

Hay historias que rasgan la piel y se introducen en lo más profundo de tu ser, se encierran en tus pensamientos y te acompañan día y noche sin darte opción a escapar. Cuando por azar del destino, como en ésta insólita ocasión, tienes la suerte de ser partícipe de dicha historia, llega a convertirse en algo más: un pedazo de tu vida.

No soy un gran deportista, pero aprovecho cualquier excusa para viajar. Por esa razón, cuando una buena amiga me propuso un viaje a Andorra para iniciarme en el esquí, no me lo pensé. Para ser sincero, habría agradecido más una invitación a una cata de vinos o una visita cultural, pero de ser así probablemente no me habría fracturado la pierna por tres sitios. Un torpe intento de bajar por una pista negra tras la primera clase, acabó en una lesión que me mantuvo ingresado tres semanas, dejando los parajes de Andorra la Vieja como un cuadro que se dibujaba día y noche en la ventana de la habitación del hospital.

Los primeros días los pasé bajo una nube de fármacos para el dolor, que me mantenían en un estado de letargo continuado. Cuando el dolor empezó a remitir y las dosis de opiáceos eran cada vez más espaciadas comenzó otro problema, si cabe, mayor. Lejos de mi tierra, sin visitas (mi querida amiga, a pesar de lo mucho que lo intentó, solo pudo conseguir tres días más de vacaciones tras mi primera operación), sin mi portátil para escribir y tras acabar el libro que había llevado para el viaje; la paciencia, que no es una de mis virtudes, se me agotó. Tenía terminantemente prohibido moverme de la cama, por lo que tras varios intentos furtivos y

malogrados de salir de la habitación aprovechando el horario de visitas, lo único que conseguí fue la regañina de enfermeras y auxiliares, además de conseguir vigilancia extra. Lo que no tengo en paciencia lo suplo con creces en obstinación. Con la puerta entreabierta, como el depredador a la caza, en cuanto escuchaba que las conversaciones se dormían, manejando torpemente la silla de ruedas y al amparo de la noche, empezaba mi pequeña excursión por los pasillos del hospital. Quizá fuera la medicación, quizá mi nula orientación, pero en uno de aquellos *paseos* que me daban la vida, empezando en la planta de traumatología, acabé en la de neurología. Me gusta pensar que algo me estaba llamando en ese momento, en ese lugar, como si de Excalibur se tratara; que yo fui el elegido para encontrar aquel manuscrito, enterrado entre periódicos y revistas.

Lo primero que me llamó la atención fue la exquisita letra con el que estaba redactada la primera página. Sentado en la sala de espera, con la luz de emergencia como vela y presa de una enorme excitación, comencé a leer. Las pulcras hojas del principio daban paso a un caos absoluto, como si su autor hubiera tenido un arranque de ira y las letras fueran las culpables de tal hecho. Había muchas frases tachadas varias veces, los márgenes estaban repletos de notas ininteligibles, incluso el estilo cambiaba. Pero el contenido seguía siendo preciso, con instantes de mucha ternura, trazos de nostalgia y sobre todo, ganas de expresar cada momento mediante la escritura. Poseía un deseo casi desesperado de narrar las experiencias de su vida. Una vida que, a pasos agigantados, estaba olvidando para siempre.

Aparte del boceto de sus obras, el manuscrito contenía una buena cantidad de notas que detallaban su día a día. Él sabía desde el primer

momento, desde el primer diagnóstico, que su enfermedad acabaría por borrarle sus recuerdos por completo. Pasó por los procesos de cualquier duelo: negación, rabia, miedo, angustia, vacío y por último, aceptación. Fue entonces cuando decidió que mientras aún tuviera capacidad para ello, escribiría sus memorias. Sobre la forma y el fondo, que tanto me atraparon, no daré detalles. Te dejo a ti, querido lector, que saques tus propias ideas y conclusiones. Lo que si haré es narrar los siguientes pasos que tomé, para conseguir que este libro esté en tus manos.

Como no podía ser de otra manera, tomé prestado el manuscrito. Tras varias lecturas tenía una idea clara y concisa del autor. Salvo su identidad. Cuando me dieron el alta y por fin era libre para irme, decidí alquilar una habitación en una pensión cercana al hospital, empezando el proceso de investigación. Ahora puedo ver que aquello pasó a ser una obsesión enfermiza, para desgracia del personal médico debo añadir, quienes creían haberse librado de mí para siempre. Esperaba a los doctores que pensé podían haberlo tratado. Les interrogué sobre un paciente que no conocía personalmente, sin saber siquiera si todavía seguía ingresado. Lo describía como la persona que mi imaginación había trabajado, haciéndome una idea sobre su personalidad. Por supuesto, no me dijeron nada.

Los primeros dos días, tras saber sobre mi reciente estancia allí fueron comprensivos, dándome largas de la forma más educada posible. Cuando empecé a molestar a los pacientes, pasaron a la preocupación, pensando que quizá estuviese teniendo efectos secundarios debido a la morfina que tomé en las fases más agudas de dolor. Cuando se les acabó la paciencia, llamaron a seguridad. Debido a la frustración, gracias a mi falta de tacto y mi sobrado conocimiento de exabruptos, a punto estuvieron de ingresarme

en psiquiatría. Me di por vencido. Como Sémele, la búsqueda de la verdad me había quemado, salvo que yo me había quedado a medias.

Tras dos semanas desde el alta, haciendo caso omiso al inicio de la rehabilitación, regresé a casa con una cojera que iba a peor, muy cansado y totalmente abatido emocionalmente. Tomé la decisión de quemar ese manuscrito que estaba llevándome a la locura. Cuando la cerilla estaba a punto de calcinarlo me paré en seco, dejando que la llama alcanzara mis dedos. Tenía que leerlo una última vez. Lo disfruté tanto o más que la primera, pero tuve una epifanía al terminarlo: yo sería el medio para que esa obra fuera algo más que el intento de un hombre de no olvidar su vida. Iba a publicarlo.

El libro tendría que ser retocado para que mantuviera una voz narrativa, las idas y venidas del autor al inframundo me parecían extraordinarias como lector. Como editor sabía que sin las notas su lectura era incomprendible por momentos y muy pocos se atreverían a sumergirse en ese océano de confusión. Pensé en la posibilidad de reescribirlo yo mismo, pero ese libro era pólvora en mi cerebro y el momento de mi vida por el que estaba pasando estaba plagado de mechas que estaba seguro, harían explosión.

Decidí entonces contactar con mi amigo Dani. Su sobrada experiencia como escritor y su particular visión del mundo le hacían la persona idónea para el trabajo. Le pasé una copia del manuscrito y tras varias reuniones con él, comprendí algo insólito: yo no había elegido a Dani. Al igual que pasó conmigo, el manuscrito había vuelto a hacer su particular brujería, eligiendo quién quería que tocara sus líneas. Podrá parecer una locura y

sin duda, lo es. El libro fue tomando forma, atrapándonos a las tres personas que osamos acercarnos a él. Pero esa es otra historia, que ellos mismos os contarán en este libro.

Nunca lograré averiguar quién escribió aquel manuscrito. Jamás sabré si aquel hombre todavía conservaba alguno de sus recuerdos, si puso el manuscrito en aquella mesa como su último acto de consciencia o si alguien, que no supo apreciar lo que tenía entre manos, lo dejó como el que tira una colilla al suelo. Lo que sí sé, es que la historia de ese hombre no será olvidada y espero, querido lector, que sientas lo que sentí yo en aquella sala de hospital. Si es así, todo habrá merecido la pena.

***Pablo B. Velasco***

*(Editor)*

## ANTES DE TERMINAR...

Érase una vez, hace mucho tiempo, en algún lugar, sin motivo aparente, y con apenas testigos que lo puedan corroborar...

Jamás has conocido al verdadero silencio. No aquel que reclamas entre tormenta y huracán, ni camino del enojo, la frustración o el hastío. Uno del cual oíste hablar pero que nunca has escuchado. Hablo de un silencio que atormenta debido a su ruido interno. El de días sin nadie, o los previos, o los posteriores, con apenas diferencia. Instantes que escuchan el dolor y movimiento de los objetos, aburridos por el desuso. Un silencio quebrado adrede con el gesto de un brazo, una respiración profunda, o palabras al aire destinadas a estrellarse contra una pared o en algún punto muerto y enterrado.

Cuando el silencio y la soledad se hermanan para no sentirse solos. Cuando se evita escuchar voces grabadas en recuerdo de que no hay, hubo, o habrá compañía. Cuando las alegrías pierden valor porque no hay a quien contárselas. Y las lágrimas brotan sin más, porque para llorar nadie es necesario. Y si alguien dice lo contrario, desconoce que muchos matarían por quedarse sin palabras ante algo a lo que responder.

Deseando perder la libertad, o regalarla para acabar con un silencio obligado. O que la roben. O que hagan lo que quieran con ella, pero que hagan algo. Contando los días, por sumar sin más, en lugar de restar

durante un coma consciente. A pesar de no ser culpa de la calma, que rara vez derrota a la angustia de guerras sin muertos, pero infestada de almas.

El creador del silencio sabía de lo que hablaba, tras perder el recuerdo de una época donde lo habitual era escuchar. Y yo, como ese, querría vivir en esa misma ignorancia, ajeno al estruendo. Quizás no siempre, pero sí descartarlo durante un tiempo.

Y ahora, mi memoria se consume. Empiezo a olvidar mis apellidos, la utilidad de esas escurpias del cajón de la cocina y lo extraño que es recordar su nombre, y por qué no hay nadie aquí. Aunque sí reconozco cómo era, cómo actuaba, mi habitual comportamiento, algunas de mis frases, de mis pensamientos, y tengo imágenes difusas de personas que me acompañaron en un pasado que ya no sé cuánto hace que sucedió.

Estoy seguro de que todo es consecuencia de haberme encerrado tantos meses tras estos muros. Sin hablar con alguien que no sea yo mismo, sin contestar cartas, telegramas, e incluso algún mensaje que encontré en botellas medio llenas. O medio vacías.

Debo de hacer algo, porque es horrible la angustia de olvidarlo todo, de no recordar, de llorar y no saber por qué, y de reír con bromas que no sé si son mías o si me las contaron. Es terrible la sensación de pérdida, aunque a una escala distinta a la acostumbrada, porque no sé bien qué es lo que he perdido, y la nostalgia de lo desconocido me ahoga.

Pero tengo una idea.

Hay algo que no se ha borrado de mi mente, y que todavía conservo entre mis facultades para hacer en toda su plenitud, dentro de mis infinitas



limitaciones, por supuesto: contar historias. Relatar mis sueños, mis pesadillas, algunos recuerdos, muchas emociones, y cosas que siempre me ayudaron a crear un mundo alternativo donde poder disfrazarlo todo sin jueces, críticas o verdugos.

Y eso haré. No consigo retener casi nada de lo de ayer, ni siquiera algo de lo de hoy, y quizás esos cuentos que llevan tiempo en mi cabeza me hagan despertar. O al menos me servirán como referencia para saber quién soy en el caso de perderme del todo. Además, alguna explicación tiene que tener el hecho de haber recuperado casi por accidente, buscando un paquete de galletas que no encontré, varios bocetos con los que darles algo de vida y rienda suelta a esas historias. Y mientras consiga leer y entender, esos relatos me ayudarán a saber lo que fui, lo que soy, y puede que también lo que podría llegar a ser si me recupero. Tal vez escribiéndolo alguien pueda ayudarme a revivir, gracias a su lectura, si llegara el momento de sentirme impedido para ello.

Sé que muchas cosas vienen de alguna parte, no solo de mi imaginación. Intuyo que son disfraces tejidos por mí mismo para observar con otros ojos cosas que llegaron a producirme dolor, alegría, pasión o cariño, a través de destellos y fotogramas confusos de los cuales no consigo identificar el porqué de su apariencia. Y solo podré descubrirlo si comienzo cuanto antes, ya que corro el riesgo de no saber los motivos que me llevaron a una frase o a otra, o de perderme entre argumentos, diálogos y personajes.

Perdóname, tú que lees ahora, si pierdo la objetividad o si me pierdo en general. Si soy demasiado melancólico, tenaz, duro, cruel, déspota,

sexual, blando, duro, e incluso espiritual. Perdónamelo todo. O mejor aún, no lo hagas. Fustígame si crees que lo merezco y puede que así mi cabeza recuerde, al sentir el peso de haber escrito algo horrible o un sinsentido que nunca debería haber salido de una persona tan enferma como yo.

Es curioso cómo funciona eso de ahí arriba llamado cerebro. Soy capaz de trasladar historias que llevan en mi cabeza desde antes de dejar de ser un imberbe, pero incapaz de saber qué comí ayer. De hecho, es muy probable que olvidara comer, porque mi estómago parece un documental de peleas entre leones y hienas en época de celo. Diré más aún. Al recuperar sin explicación notas, cuadernos y otras hojas que guardaba sin saberlo, los relatos han aparecido más vívidos incluso que cuando llegaron a mí. Para volverse loco, la verdad.

He encontrado líneas de otros textos que es mejor no trasladar ahora mismo. No porque sean malos, ni siquiera buenos, sino porque están incompletos, y apenas me llegan retazos de su significado. Pero por fortuna, aunque queden en el fondo de un cajón, algunas cosas podrán ser utilizadas en estas narraciones que he seleccionado. No entiendo la razón, pero en mi interior sé que forman parte de mí. De alguna manera. Es tan grande el convencimiento de ello, que empieza a acecharme el pánico a ir avanzando y no saber a ciencia cierta cómo continuar, debido a una pérdida total de memoria. O que no pueda concluir ninguna, alguna o todas las historias que me siento en la obligación de escribir.

Sí, es una obligación. Un compromiso conmigo mismo, a mi propia existencia, a lo que fui, a lo que soy, y a cosas que se me escapan. Debo

averiguar por qué son fundamentales para mí, de algún modo. O lo fueron. O podrían serlo.

Me aterra ser incapaz de lograrlo. O de que no sirva para nada. O de que quede en el olvido. No solo en el que me ataca desde hace más de un año, sino en el del tiempo. Ese que no tiene memoria, solo manijas que controlan cada instante de la vida. Y debido a esa necesidad de compartir y hacer algo imperecedero, empezaré a narrarlo todo. Desde lo que vieron mis ojos, o aquellos en los que me adentré. Todo lo que escuché, y todo lo que sentí, dentro de un cuerpo que parecía el mío, y en otros que no pero que podrían serlo. Quiero decidir cuándo y cómo. De ahí que nazcan estas líneas, porque aunque concretas situaciones, personajes, objetos y prendas sé que existieron, nadie en realidad sabrá nunca su época o lugar.

Y disculpadme, pero eso es algo que aun conservando mi memoria o sin ella, ninguno de vosotros averiguaréis...

LA VIDA OLVIDADA



# 1

## *Despertares*

Primero llegó una sensación de frío, que dio paso a una relativa rigidez del cuerpo. Tras la imperiosa necesidad de abrir los ojos, un tic nervioso le hizo mover los dedos de la mano derecha. Carolina se ilusionó por un instante con la posibilidad de que al fin hubiera despertado.

Tras casi doscientos cincuenta años criogenizada era difícil saber con seguridad si aquellas emociones eran verdaderas, o si por el contrario se trataba de un sueño vívido similar a los de todo ese tiempo. Películas extrañas, aparentemente reales, que mantuvieron distraída su mente mientras ocupaba una cámara de cuatro veces su tamaño.

Se oyeron los sonidos de las válvulas internas despresurizándose, así como el movimiento de los mecanismos laterales de suspensión. Todo permanecía en unas instalaciones bajo tierra de una profundidad insultante, dejando a cualquier estación espacial de máxima seguridad en una relativa evidencia, por su nivel de aislamiento respecto al mundo exterior.